

EL PESO DEL PASADO

Como los que pretenden ser futuros gobernantes del reino de España son los mismos que ya la gobernaron, se cuidan muy mucho en sus programas de gobierno —más o menos vagos— de volver los ojos al pasado y de exponernos cómo han de liquidarlo. Y en España es hoy, dígame lo que se quiera, más importante la liquidación moral del pasado, de los atropellos e injusticias del pasado, que no la cuenta del porvenir. O más bien, que no se puede marchar des-
enbarazados a éste, al porvenir, sin liquidar aquél, el pasado.

No hay más terrible aforismo político que el de borrón y cuenta nueva. El borrón impide que se haga bien la cuenta nueva. Se ha echado aquí tierra a tanta iniquidad y tanta ignominia, que esa tierra forma una montaña. Pero no una montaña que dejemos detrás de nosotros, en el pasado, a nuestra espalda, según avanzamos cara al porvenir, sino una montaña que llevamos sobre nosotros, sobre nuestra espalda, que nos pesa en ella y abrumba y agobia de tal modo, que nos impide avanzar.

Dicen que el señor Maura, previendo graves acontecimientos que, a su juicio, han de surgir este verano, cree que se impone la formación de un Gobierno definitivo con autoridad y prestigio suficientes para prevenir esos males y resolver los problemas de carácter social y económico que están planteados. Pero no podrá haber tal Gobierno definitivo ni podrá tener autoridad ni prestigio, si no liquida antes la herencia moral del pasado, si no proyecta sobre éste, luz. Luz; los taquígrafos están de más. Y el señor Maura, uno de tantos, cargado de pasado por liquidar, de sombras sobre las que no se ha proyectado la bastante luz, es un político pretérito.

"No hay que mirar atrás, se dice". Y a las veces esto está bien. Pero otras veces está mejor lo de que para emprender nueva vida hay que confesarse de los pecados de la pasada, mostrar siquiera atrición —mejor contrición—, hacer penitencia y propósito de la enmienda. Y nuestros políticos, los que aspiran a gobernarnos en lo futuro, los que andan en

concentraciones y decentraciones y ajuntamientos y desajuntamientos, son pecadores inconfesos. A lo sumo, hacen una confesión vaga y nada específica.

Los del Gobierno de agosto de 1917, por ejemplo, el más pernicioso de cuantos después de 1898 hemos tenido, pensarán volver a actuar y, sin embargo, no se ha liquidado su dañosísima actuación de entonces. Cier-
to es que parece que se encargó a no sabemos qué tribunales o comisiones esclarecer los atropellos, injusticias y abusos que entonces cometieron los agentes del Poder —esto sin contar los del Poder mismo, que esgrimió todas las armas, incluso las de la calumnia y el embuste— pero no sabemos que esos tribunales o esas comisiones hayan hecho nada que valga. Como está sin liquidar la manera como el reino de España ejerció la que se llamó neutralidad en la guerra, y que no fué tal neutralidad ni mucho menos.

Hay anunciado un conflicto ferroviario y se cree arreglarlo con elevación de tarifas. Pero es que mucho del desconcierto que reina en alguna línea, la del Norte, v. gr., no se debe a aquel despido de huelguistas en 1917 y aquel despido, a su vez, a consejos y acaso presiones del Gobierno de entonces? Que es el Gobierno, repetimos, que más daño ha hecho a España. Porque aquel Gobierno no sembró sino rencores, agravios, injusticias... Y ningún borrón puede borrar aquello de modo que sus causantes vuelvan a abrir cuenta nueva desde el Gobierno. No es con borrones como se borra eso. Y si conservador quiere decir el que conserva sus culpas y no las confiesa y no se arrepiente de ellas, ningún conservador debe aspirar a regirnos en el porvenir.

Sí, puede ser que surjan este verano, como presumimos, con el señor Maura, muchos otros, graves acontecimientos, pero éstos, aunque tengan sus frutos en el porvenir, tienen sus raíces en el pasado y hay que curarlos en las raíces. Que no es sólo hambre de pan, sino hambre de justicia lo que agita a los pueblos. Y hay veces en que la injusticia se repara no ofreciendo compensaciones para el porvenir, sino condenado de una manera solemne el agravio de ayer. No; a los pueblos no les empuja sólo el estómago; les lleva también la memoria. Ved lo que pasa en Irlanda,

donde más que de obtener ventajas para mañana, tratan los irlandeses de reivindicar atrocidades de ayer.

"Hace falta un Gobierno que enduque el porvenir!" —se nos dirá— y a ello diremos que no podrá encarar el porvenir ningún Gobierno que no haya liquidado moralmente lo pasado. Podrán hacerlo los que a fuerza de echar tierra sobre tanta injusticia nos han cargado con la montaña que nos impide avanzar? ¿Podrán proyectar luz sobre el futuro los que con su sistema de clandestinidad y secreto han envuelto en sombras mortales nuestra historia de ayer mañana?

MIQUEL DE UNAMUNO

